



## Un Encuentro Singular

**E**L PRIMERO de Enero último, estaba en Manila. Por la tarde dí un paseo por la ciudad para felicitar a algunos amigos de las misiones y presentarles mis deseos de felicidad y prosperidad para el año nuevo, cuando en el camino encontré a una personalidad extraordinaria.

Ya era bastante tarde e iban a encender las luces de la larga calle en que estaba. Proseguía tranquilamente mi camino pensando en los pobres Igorrotes de la Montañosa para los cuales no hay ni felicidad ni prosperidad verdadera, cuando inopinadamente en la esquina, casi tropezé contra un transeunte; me asusté, miré quién era. Santos patronos míos: aquel individuo era nada menos que el mismísimo demonio en persona. Pero qué demonio.... a la vez era feísimo y horrendísimo: Encima de su joroba llevaba una especie

de americana de "Khaki"; sus pantalones sin color discernible y casi hecho pedazos, aunque cubrían sus piernas que más parecían bastones casi inflexibles, eran tan cortos que dejaban ver gran parte de sus pies ó cascotes de asno fuera de sus zapatos de soldado; su cuello demasiado largo estaba envuelto en una bandera roja de Soviet y el nudo estaba cubierto por unas barbas rojas de chivo que le pendían de la mandíbula inferior. En la calavera llevaba un sombrerito redondo atravesado de dos cuernos puntiagudos, y sus largos bordes no podían ocultar los horrosos agujeros que formaban su boca, narices, ojos y orejas. En una de sus garras llevaba un bastón terminado en tridente, todo él cubierto de una piel de culebra y con la otra apoyaba en su joroba un cesto lleno de trapos y harapos de todos colores y dimensiones.



Tan de repente tropecé con tal demonio que casi me dí de bruces con él pudiendo oler su aliento infernal de azufre y humo. En seguida dí vuelta a la derecha y aceleré el paso para apartarme de mi archienemigo, actuando como si no le hubiese visto; pero hé aquí que esta criatura infernal se emperrió en seguirme arreglando su paso a compás del mío y me dijo:

—“Felicidades, padre.”

—“Que no desees”, contesté

con desdén y en voz bajísima para demostrarle mi desprecio.

—“¿Y acaso cree V. que los demás que le felicitan efectivamente desean lo que dicen?”, me preguntó acercándose algo más hasta la distancia de medio paso.

—“Eso toca a ellos y no a mí”, más bien refunfuñé con la esperanza de que me dejaría sólo.

Queridos lectores, nunca se debe dar al demonio la menor manifestación ó señal de amistad y

nunca debe uno empezar a razonar con él. Como el monstruo continuaba en seguirme, pensé burlarle esquivando su apariencia miserable.

—“Más bien me pareces un ratón de iglesia encerrado en un fuerte cofre”,.... le dije, “¿acaso has tenido mal año, vípera infernal?”

—“De ninguna manera, Padre... ha sido un año muy bueno.... muy bueno ji, ji, ji.... El año pasado para mí ha sido un éxito y por eso esta misma noche nuestro digno jefe me entregará la condecoración de archimentiroso, que es mucho decir.... ji, ji, ji.... El gran Luzbel y nuestros jefes saben apreciar nuestros trabajos.... Lo mismo no se pasa siempre así con los suyos, ¿eh? ja, ja, ja.... ji, ji, ji... Y mi condecoración es la más estimada que hay entre nosotros ji, ji....”

—“Está bien para un villano como tu”, contesté encogiéndome de hombros.

Otra vez aceleré el paso con la esperanza de que cargado como estaba de trapos en su canasta de buhonero, ya no podría seguirme, pero el pícaro hizo lo mismo y matraqueando como un Ford de diez años de servicio, continuó siguiéndome a medio paso.

—“Qué, archimentiroso” le dije de nuevo pero sin mirarle siquiera, “si te quedan aún diente y medio en la boca debes rechinar hasta sacar chispas cuando ves cómo El Misionero progresa y ayuda a

los Misioneros en la Montañosa.”

—“¿Que dicé V.? Ji, ji, ji... ¿Progresa?”

—“¿Acaso no sabes que el espíritu misional entre los Católicos del país está desarrollándose gracias a la revista El Misionero? Espera, dentro de poco tiempo vendrán bastante limosnas para colocar muchos catequistas y entonces la conversión de los 300,000 Igorrotes será cuestión de algunos años no más.”

—“Ji, ji, ji.... ¿el espíritu misional? Mire, Padre, a aquel Señor allá. ¿Le conoce V.?”

—“Sí, es un buen trabajador para la causa católica.”

—“Ji, ji, ji....”

—“¿Por qué te ríes así, salvaje?”

—“El también lo cree que está trabajando para la causa católica y las misiones, pero.... ¿No ves acaso aquella máscara que le tapa los ojos? Yo, Padre, yo mismo le he puesto aquel trapo.... El cree que ya merece la condecoración ‘Pro Ecclesia et Pontifice’ y sin embargo no hace más que trabajar para sí mismo. Ya se ha dado de baja a El Misionero, porque le cuesta un peso al año: es tan ciego como un topo, y ahora se vá a felicitar a algunas autoridades para que le vean, pero ni a su hermano visita ni visitará: hace años que no se ven.... porque no espera nada de su hermano: Ji, ji, ji.... Eso es mí trabajo, Padre, mí trabajo. ¿Y sabe V. cuántas veces el año pasado ha recibido la Comunión? Ocho veces.... ocho

veces nada más.... ¡Qué acción católica! ¿Y sabe V. cómo se visten la esposa y las hijas? Según la moda de mi compadre Belcebú y de sus feligreses los Igorrotes: Ji, ji, ji.... A toda la familia tengo puesta una máscara menos a la hija menor de siete años; pero, como vive en tal medio, dentro de poco también llevará mi máscara: Ji, ji, ji.... ¿Y cree V. que ellos moverán un dedo para vestir a los paganos desnudos en la Montañosa? Ji, ji, ji.... Mire, Padre, mi cesto: aquí tengo máscaras en contra de su 'El Misionero' y 'The Little Apostle' y en contra del espíritu misional: Ji, ji, ji.... ¡Qué inocente aun está V. Padre. Ji, ji, ji.... ¿Espíritu misional entre gente tal? Ji, ji, ji...."

—“Hum, hum, hum....” Confieso que tenía muy poco que contestar a tal lógica infernal.

—“Padre,” continuó el demonio con risa sarcástica, “Padre, ¿vé V. a aquella Señora en su auto flamante?”

—“Sí, es una señora muy devota.”

—“Cuántos años cree V. tiene ella?”

—“Puede ser, unos ochenta.”

—“Ji, ji, ji.... ochenta y siete, seis meses, cinco días y siete horas.... Tiene al menos unos ₱900,000 en el banco y posee una hacienda enorme. Ni hijo ni cuervo tiene a quien dejar su fortuna.... ¿Y sabe V. cuánto ha dado esta mañana en la colecta de la iglesia?... Cinco centavos.... ji, ji, ji.... Cada

mañana va a misa y se arrodilla en frente de la barandilla de la comunión: desde allí puede ver cómo los ornamentos del sacerdote son anticuados y cómo el altar está en ruinas, pero, según ella, todo eso está bastante bien para la casa de su Dios, mientras que ella vive en un palacio rodeada de muebles preciosísimos y anda sobre alfombras riquísimas.... ¡ay, la vieja!.... ji, ji, ji.... ¿Y para las misiones? Ji, ji, ji.... El año pasado en el día de las misiones, casi no observado en Filipinas porque la gente no lee cosas de las misiones, ella ofreció un peso, pero ji, ji, ji.... un peso de plomo ji, ji, ji.... Y para las escuelas católicas y para catequistas: ni un maravedí. Sí, ella lee El Misionero que pide prestado a su muchacha, pero para terminar diciendo que en estos días no se hace más que mendigar y pedir dinero: ji, ji, ji.... Mi trabajo, Padre; y así tengo a centenares de esta clase en mis garras.... ji, ji, ji.... el efecto de mis máscaras.... aquí ji, ji, ji...."

En el entretanto había llegado a la Escolta.

—“Padre” gritó el demonio, “si V. quiere ver algo bonito, mire por allá, allá, allá.”

Claro está que ni levanté los ojos, porque nunca hay que hacer lo que aconseja el demonio; y proseguí mi camino siempre seguido del infernal compañero.

—“Oh, Padre” decía entonces Satanás: “¿ha visto a aquella señora tan escondalosamente vestida?

...Y esta mañana recibió la Comunión, ji, ji, ji.... Obra de mi máscara.... ji, ji, ji.... qué bonito el trapo que he puesto en sus ojos pintados.... Dígame, Padre, ¿ve V. allá los periódicos, revistas y estampas que venden? ji, ji, ji.... Un rincón sucio, aquel ¿eh?... ji, ji, ji.... A pesar de ser yo un demonio, le digo que es demasiado escandaloso lo que allá se vende, y ningún católico ni siquiera mueve el dedo para oponerse a estas suciedades, ó toma el bastón para destrozarlas tal como lo hizo en Paris aquel famoso sacerdote francés muy enemigo mío.

Y así tengo centenares de publicaciones para contrarrestar su propaganda misional. ¿Sabe V. cuántos lectores tengo de mis periódicos y revistas?..."

No contesté a la pregunta porque más que nunca me molestaba la conversación y para quitarlo de mi presencia miré a la negra cara del demonio y casi grité:

—“Una cosa, cancerbero, debe ser para tí una espina en tus cascos: las escuelas católicas; estas nos ayudan en las misiones y propagan nuestras revistas El Misionero y sobre todo The Little Apostle y desde ahora más que nunca los alumnos se harán apóstoles de las misiones, para obedecer a la voz del Santo Papa.”

Sabía que estaba pinchando la parte blanda del corazón de cuero del tirano mundial; es que odia las escuelas católicas que forman la esperanza del porvenir católico en

el país y que sin ellas la fe debe desaparecer: de estas escuelas deben venir los verdaderos apóstoles de la buena causa.

—“Ay, Judas,” gritó el demonio temblando (señal de la verdad que contenían mis palabras). ¡Qué miedo tengo yo de las escuelas católicas! ¿Cuántas són? Y sin embargo sus revistas ni han puesto el pie en la mayor parte de ellas. ¿Y sabe V. por qué?”

Me hice el sordo y el demonio continuó, pero esta vez casi hasta sonriendo:

—“¿Y cuando los alumnos han dejado sus escuelas católicas, ¿cuántos hay que siguen tomando suscripciones a sus revistas? Yo les pongo una de mis máscaras ante los ojos: máscaras de vanidad, de indiferencia, de polvos, de cosméticos, de agua de Colonia, de fiestas, y centenares más que llevo aquí en mi canasta, ji, ji, ji....”

El demonio estaba aun riendo como un loco cuando para mortificarle le dije:

—“Espera que publicaré todo lo que me has dicho.”

Pensaba que iba reventar de ira, pero al contrario—quizás no me había comprendido—se puso suave y contento como un ángel: es que estaba mirando algo que le gustaba muchísimo.

—“Mire, Padre” dijo jubiloso; “mire: un cinema. Mire cómo la gente echa sus pesos.... mire cómo todos llevan mi máscara.... Aquí no se oye nada de la crisis ji, ji, ji.... ji, ji, ji.... Pero para sus revistas

no tienen ni un maravedí, ji, ji, ji...”

En estos mementos creí que el demonio iba a reventar de tanta satisfacción.

—“Asesino de almas”, le dije, asesino de millares de almas que por tus máscaras irán a sufrir para siempre, ya expondré a la gente tus engaños infernales; les diré todo lo que me has revelado....lo publicaré en El Misionero....”

—“Que no lo haga, Padre....” me interrumpió el demonio con tono el más humilde.

—“Y haré una propaganda intensa para las revistas misionales para quitar tus máscaras y ganar la Montañosa para Dios.”

—“Que no lo haga, le suplico....”

Pero haciendo caso omiso de sus súplicas, continué:

—“Y manifestaré a la gente cómo se dejan engañar en la cuestión de su salvación, pensando que siguen el camino del cielo.”

—“Que no....”

—“Y les convenceré de que el medio de salvación es la caridad....”

—“Pero que....”

—“Y que para llegar a la cumbre de la gloria no hay como el apostolado de la caridad....”

—“Ay de mí, que no lo haga....” y el demonio se puso a llorar lágrimas de lava ardiente.

—“Y les convertiré en apóstoles de Cristo en la Montañosa rogándoles busquen más y más suscritores a “El Misionero” y “The Little Apostle.”

—“Ay, Padre, hagame el favor de no hacerlo y de no decir a nadie, ni a su confesor lo que esta noche le hé revelado....”

—“¡Ah! ¡ah!”, le dije jubiloso, “has hablado demasiado....” y mirándole le ví casi de rodillas; “Apártate de mí villano, vete a buscar tu condecoración; esta vez al menos has dicho verdades” y apresurando el paso dejé a Satanás, en la calle; pero ni cinco pasos había dado, riéndome de la confusión del demonio, cuando oí unos aullidos y vociferaciones tremendas e indescriptibles.... Espantado, volví la cabeza y ¿qué ví? Tres demonios gigantes, armados de tridentes de hierro incandescente, pegando sin compasión a mi compañero y, en un abrir y cerrar de ojos de su americana de khaki no quedaron más que dos botones y creo que de las costillas del archimientiroso ni una quedó entera. Después de un minuto—si eso era la entrega de la condecoración, la ceremonia había terminado—el demonio recogió los trapos y máscaras que repuso en su canasta, y le ví andar cojo pero a prisa a un salón de baile donde sin duda continuaría su tarea de perder almas.

Desgraciadamente, queridos lectores, tanta gente se deja arrastrar por las máscaras de Satanás, aun entre los Católicos. Legiones siguen al mentiroso y algunos bajo aspecto de devoción que no es la verdadera; porque devoción sin sacrificios y caridad, no hay. Tendrán alguna fé y esperanza, pero

sin la Caridad estas primeras virtudes son vanas. Si el Señor no nos pide vendamos nuestras propiedades para distribuir las a los pobres, al menos tiene derecho a parte de sus donaciones y favores

que nos facilita: y si poco poseemos, tiene el derecho de que le ofrezcamos al menos lo que gastamos en vanidades creadas por el demonio y sus máscaras.

—♦—



## San Pedro Canisio

*Abril 27*

**S**I SANTA Teresita ha adquirido su corona huyendo del mundo y dando el ejemplo de una piedad muy sencilla, hay otro que ha sido elevado a nuestros altares por sus luchas incansables contra el mundo y sus discordias. Es el Padre Canisio de la Compañía de Jesús. Pedro Canisio, ó Kannees, nació en Nymegen, Holanda, el 8 de Mayo, 1521. Era hijo del burgomaestre, ó presidente, de la localidad, hombre piadoso y rico. En su juventud Pedro estudió en Colonia el derecho civil las artes y la teología y más tarde continuó sus estudios en la universidad de Lovaina. En 1543, a pesar de haber su padre planeado su casamiento, Pedro entró en la Compañía de Jesús.

Inmediatamente empezó aquel trabajo prodigioso que sería la ocupación de toda su vida, para el bien de la Santa Iglesia. Fué uno de los cofundadores de la

primera casa de su Orden en Colonia y aquí empezó su carrera de predicador, maestro y defensor de la santa Fe. En 1546 cuando fué ordenado de sacerdote, ya estaba esparcida su fama de hombre sagaz y hábil y especialmente de intercesor y conciliador. Por eso fué mandado al Emperador Carlos V y al clero de Lieja para pedir su ayuda contra el Arzobispo apostata Wied. En 1547 cuando no tenía más que veintiséis años, Pedro dirigió la palabra a un concilio general eclesiástico como teólogo del Cardenal Obispo de Augsburgo. De allá fué a Roma donde estudió bajo la dirección de San Ignacio y, estos estudios terminados, su actividad de predicador y confesor ya no conoció límites.

Predicó y enseñó en Mesina, Ingolstadt, Viena y la parte sur de Alsacia; logró el grado de doctor en teología en la corte de Fernando I; rehusó el obispado de Viena;